

Carlos Collado Seidel

EL TELEGRAMA QUE SALVÓ A FRANCO

*Londres, Washington y la cuestión
del Régimen (1942-1945)*

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: enero de 2016

El telegrama que salvó a Franco
Carlos Collado Seidel

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Carlos Collado Seidel, 2016

© Editorial Planeta S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9892-904-1
Depósito legal: B. 28.356 – 2015
Fotocomposición: gama, sl.
2015. Impreso y encuadernado en España por Cayfosa

Índice

<i>Introducción y planteamientos</i>	7
1. LAS EXPECTATIVAS	21
Meses angustiosos	21
¿Palo o zanahoria?	29
Los suministros y la guerra	36
Fidelidades condicionadas	41
La opción de Hoare	46
Hacia un cambio de signo	54
2. VIRAJE	63
Nuevo posicionamiento	63
El Jano bifronte	69
Últimos riesgos militares	76
Expectativa	82
Marcha atrás	91
Anhelos monárquicos	101
Últimos planteamientos militares	111
«Gran reconvencción»	114
Resignación	124
3. OFENSIVA	131
Sueños de neutralidad	131
Los amigos de mis enemigos... ..	134
Trileros	139
Dinero traidor	154

Confrontación	157
Desconciertos	163
Cuestión de horas	176
Promesas monárquicas	187
4. DESILUSIÓN	195
Un discurso irritante	195
Acuerdos incumplidos	204
Autocomplacencia	213
El fracaso de Hoare	216
Frustración	221
Voluntad de resistencia	230
Un embajador comprensivo	237
Operaciones especiales	242
El último amigo de Berlín	246
¿Una carta sorprendente?	248
Marcar distancias	257
Esperanzas fallidas	261
Un Manifiesto desconcertante	265
Ostracismo	270
<i>Notas</i>	273
<i>Fuentes y bibliografía</i>	315
<i>Índice temático</i>	339

1

Las expectativas

MESES ANGUSTIOSOS

La victoria de la Wehrmacht sobre Francia había situado de repente a la península Ibérica en el centro de los intereses de ambos bandos contendientes. España, con sus archipiélagos de las Baleares y las Canarias, poseía un alto valor estratégico, al que, con sus posesiones en el norte de África, se añadía el control sobre el acceso al Mediterráneo occidental. Para Londres, dicho acceso era de importancia decisiva respecto al abastecimiento de las islas británicas, pues los transportes marítimos a través del Mediterráneo necesitaban de la seguridad que ofrecían las instalaciones portuarias del Peñón. Por tanto, la ocupación del estrecho de Gibraltar por las fuerzas del Eje hubiera supuesto un serio revés para los Aliados: los alemanes hubieran establecido unidades defensivas a ambos lados del estrecho, de forma que éste hubiera quedado bloqueado. El Peñón de Gibraltar, caso de no haber sido conquistado mediante un ataque por sorpresa, habría quedado inutilizado, y no hubiera podido ya seguir desempeñando su función de mantener abierto el acceso al Mediterráneo. Por otra parte, la grave situación que atravesaba Inglaterra también en el Mediterráneo oriental hubiera hecho muy difícil el lanzamiento de una contra-ofensiva a gran escala para recuperar, una vez perdido, el control del Estrecho. El bloqueo del paso al Mediterráneo hubiera ocasionado en consecuencia un debilitamiento considerable de la posición de Inglaterra en Malta, utilizada por los bombarderos británicos para sus misiones en la zona central del Mediterráneo. No sin razón escribiría más tarde Churchill en sus memorias: «España tenía la llave para todas las empresas británicas en el Mediterráneo».¹

Este panorama amenazante todavía era mayor: con la pérdida del Peñón de Gibraltar y la entrada de España en la guerra, habría quedado igualmente inutilizada la principal base militar entre Inglaterra y Free-town, en el África occidental, mientras que, por el contrario, Alemania hubiera instalado bases de operaciones para la aviación y los submarinos en territorio peninsular, en el Protectorado de Marruecos y en las islas Canarias, mejorando así notablemente su posición para llevar a cabo operaciones en el Atlántico Norte y para atacar los transportes de abastecimiento transatlánticos.² Asimismo, unidades alemanas hubieran podido avanzar con toda rapidez hasta Casablanca y Dakar, con lo que de nuevo hubiera mejorado la situación estratégica de las potencias del Eje en esa parte de África, poniendo en serio peligro la vía de abastecimiento británico desde la India a lo largo de la costa africana, de forma que, ante una interrupción de la ruta del Mediterráneo, también el inevitable desvío de los transportes hacia el interior del Atlántico hubiera acarreado entonces enormes problemas logísticos.

¿Qué actitud adoptó Londres frente a este conjunto de amenazas que radicaban en la poderosa influencia alemana en España, así como en la sintonía de Franco con los objetivos bélicos de las potencias del Eje?

En primer lugar, las esperanzas de Londres se cifraban ante todo en conseguir que España se mantuviera al margen del conflicto. A este fin, a finales de mayo de 1940, cuando se veía venir la catástrofe en Francia, fue enviado a Madrid en misión especial sir Samuel Hoare, hombre experto en cuestiones políticas, que a lo largo de los años veinte y de los años treinta había estado al frente de casi todos los departamentos ministeriales del Imperio británico, a excepción del cargo de primer ministro.³ Sin embargo, Hoare había formado parte del desacreditado gabinete de Chamberlain, y había cobrado fama de ser un «apaciguador» al haber negociado en 1935, bajo Baldwin, el pacto con Italia en relación con Abisinia. Así, no se mostraba ante la opinión pública como el tipo de político de actitud férrea que hacía falta ante las circunstancias imperantes, y tampoco formaba parte del núcleo de seguidores de Churchill. Por eso, el diplomático Frank Roberts destacó en sus memorias que con el traslado a Madrid de Hoare, Churchill había matado dos pájaros de un tiro, pues por una parte había ofrecido a Franco un embajador especialmente distinguido, y por otra había alejado de su gabinete a uno de los allegados a Chamberlain que despertaba gran aversión en círculos gubernamentales, tal y como se desprende de las entradas del diario del subsecretario de Exteriores Alexander Cadogan.⁴ No obstante, el mero hecho de haber recaído la designación en una persona de gran peso político, como lo era

Hoare, muestra el papel clave que para Inglaterra desempeñaba el Estado ibérico en el desenvolvimiento de la guerra. Para Hoare, no obstante, su designación como embajador en España no tenía mucho atractivo,⁵ pues su anhelo era ser nombrado virrey en la India, puesto que a la sazón estaba vacante.⁶ Aun después de su llegada a Madrid, Hoare intentó seguir contando entre los posibles candidatos; él consideraba su estancia en España como cosa transitoria, y esperaba ver cumplidas sus aspiraciones. Además, parecía que su misión no iba a durar más de unos meses, ya que nadie dudaba de la entrada de España en la guerra.⁷

Las perspectivas de que Hoare tuviera éxito en el empeño de mantener a España al margen del conflicto no eran en ningún caso prometedoras, según la opinión de los observadores políticos. El mismo Hoare parecía no creer que fuera posible impedir a España la entrada en la guerra. Ésa era también la opinión de lord Halifax, ministro de Exteriores británico. Por eso ya desde el principio causaba malestar que se invirtieran sumas de dinero en una empresa que no despertaba grandes esperanzas de éxito. Hoare ni siquiera disponía de un conocimiento especial de España, si bien tenía a su disposición en Madrid colaboradores con experiencia; pero su influencia política le sirvió para que fuera aceptada en Londres una política respecto a España que, desde la perspectiva de la embajada británica en Madrid, era tenida por acertada. En este sentido, su amigo y socio político Halifax le dejó manos libres. Sobre todo en cuanto a poder actuar con rapidez en los momentos dramáticos de los meses del verano y otoño de 1940. Londres pretendía entonces una sola cosa: disponer al menos de algo de tiempo para prepararse ante la esperada extensión del conflicto a la península Ibérica. De ahí las sucesivas llamadas a Hoare desde Londres para mantener a España en calma, aunque no fuera más que por unos pocos meses.⁸

Entre tanto Londres se preparaba para lo peor. Churchill consideraba de todo punto necesario para sobrevivir compensar la posible pérdida de Gibraltar con alguna base naval en esa región. A este fin se estudiaron planes militares para ocupar islas en alguno de los archipiélagos del Atlántico. A finales de julio de 1940, el primer ministro creyó indispensable tener preparados los planes para una ofensiva que asegurara la existencia de una alternativa no sólo para el caso de que España se pusiera del lado del Eje, sino también para el caso de que se tuviera conocimiento de la inminencia de su entrada en la guerra. De este modo, en diciembre de 1940, los responsables de la política británica estuvieron pensando en serio en la ocupación preventiva de las Azores y de las islas de Cabo Verde; y en abril de 1941 se pensó incluso en ocupar las Canarias ante el desarro-

llo —desfavorable para Inglaterra— de la guerra en los Balcanes y de la situación inquietante en España. En aquel entonces estuvo a punto de llevarse a cabo un repentino golpe militar preventivo en el marco de la denominada Operación Puma. Y si bien el desembarco en las Canarias fue en todo momento, dado el caso, una opción estimada como imperativa, sin embargo se rechazó la idea de establecer una zona de seguridad en torno a Gibraltar, por considerarla excesivamente costosa y de incierto resultado. Londres no se encontraba en la situación de mantener preparado el contingente de tropa necesario al respecto.⁹ Asimismo se desistió del plan de ocupar bases en el Sahara español o en la Guinea portuguesa para asegurar la ruta de abastecimiento a lo largo de la costa africana, pues ello hubiera exigido el destacamento de notables contingentes de tropa de la que no se disponía.

A raíz del provocador discurso de Franco el 17 de julio de 1941, donde dio a conocer el nacimiento de la «División Azul» y prodigó acusaciones y ataques contra Inglaterra, Churchill estuvo nuevamente a punto de ordenar la ocupación profiláctica de Canarias, pues partía de la convicción de que se trataba del preludio de la entrada en la guerra. En este caso, y tal y como ya hace años resaltó Denis Smyth, la ocupación no se llevó a cabo gracias a la insistencia de Hoare, que consideraba como fiables las informaciones de que disponía y que afirmaban que no se produciría dicha entrada en la guerra. Puesto que la política seguida hasta el momento por Hoare con respecto a España parecía ser acertada, pues de hecho el país se abstuvo de entrar en la guerra, Churchill se mostró dispuesto a dar oídos a su embajador en una situación tan crítica y aun en contra de su propio instinto político.¹⁰ Es indudable que una ocupación de las islas Canarias hubiera provocado inevitablemente la entrada de España en la guerra al lado del Eje, y nadie —ni tampoco Churchill— tenía ganas de forzar los acontecimientos en España sin verse obligado a ello.¹¹ No obstante, la ocupación de las islas españolas siguió siendo parte integrante de los planes militares y estratégicos de los ingleses.¹²

Además, a mediados de 1941 surgieron por primera vez dudas sobre la actitud mantenida hasta el momento respecto a Franco. Anthony Eden, el sucesor de Halifax en el cargo de ministro de Exteriores, ante el discurso de Franco de julio de 1941, y con independencia de los planes de ocupar las Canarias, se había pronunciado a favor de una nueva actitud frente a España; le repugnaba profundamente la política de tolerancia y apaciguamiento en relación con Franco para mantener a España al margen del conflicto. Y sobre todo, después de que los alemanes, debido al ataque a la Unión Soviética, hubieron de concentrar todas sus fuerzas en

los frentes del Este, Eden creía llegada la ocasión de dejar a un lado la política de apaciguamiento, sin tener por ello que temer que el dictador español se arrojara en los brazos de Hitler. A este respecto se hicieron oír en el Foreign Office las voces de quienes pedían que se apoyara a la oposición republicana de los exiliados en contra de Franco. Una propuesta en ese sentido había sido presentada por Eden en una rueda de consultas, pero fue rechazada, entre otras razones, debido a las discordias internas que caracterizaban a la oposición republicana.¹³

Aun con toda la antipatía existente ante la percepción del régimen de Franco como parte intrínseca del bloque del Eje, la propaganda aliada e incluso los servicios de inteligencia se abstuvieron de intervenir de forma subversiva o de instigar a grupos de la oposición republicana, siempre y cuando éste se mantuviera al margen de las actividades bélicas y no obra- ra abiertamente en contra de los intereses británicos.¹⁴ La cuestión del Régimen, a pesar de las preferencias existentes, era secundaria ante el imperativo de lograr los fines militares, es decir, la victoria sobre la Alemania nazi y la Italia de Mussolini. Esta política era imperativa, al menos hasta que la panorámica militar permitiera replantearse el asunto, cosa que se esperaba fuera el caso cuando la península Ibérica perdiera la relevancia estratégica que tenía en esos momentos.¹⁵

Eden, aun siendo el titular de Exteriores, tuvo pues que reprimir a regañadientes su aversión contra Franco y aceptar las recomendaciones de Hoare. Aun después de la salida de Halifax, Hoare seguía teniendo así en sus manos los hilos de la política británica con respecto a España.

Hoare desarrolló en España múltiples actividades. Su objetivo principal era trazar las directrices de una política que inspirara confianza al gobierno español. Hoare quería sobre todo dejarle claro a Franco que mientras España no tomara parte activa en la guerra, su régimen no sería considerado por el gobierno británico como régimen enemigo, y Londres tampoco se inmiscuiría en los asuntos internos de España. Ésta era también la posición de Churchill. De esta forma intentaba Hoare ganarse la confianza de Madrid, haciendo a la vez ofertas tentadoras que convencieran a los españoles de que el mantenimiento de la neutralidad les reportaría mayores ventajas que la entrada en la guerra al lado del Eje. Así, pues, Hoare concretizó sus ofrecimientos afirmando que el gobierno británico estaría dispuesto a tener en cuenta las pretensiones coloniales de España en el norte de África dentro de la reorganización territorial del mundo después de la guerra, contrarrestando con ello ofertas territoriales de los alemanes. Aun con todo, mientras se mantuviera estable la situación política del Marruecos francés, bajo el mando del general Weygand, no exis-

tía para Londres motivo alguno para modificar el *statu quo* vigente permitiendo a los españoles expandirse hacia el sur. Por eso Hoare y sus colaboradores ponían sumo cuidado en evitar hacer propuestas concretas de negociación, sobre todo ante el recelo del Foreign Office de que los franceses, y en especial el general De Gaulle, pudieran sentirse postergados al tener noticia de algún género de acuerdo, máxime habiendo asegurado Londres que una vez concluida la guerra se cuidaría del restablecimiento de la *grandeur* de Francia. Así, aunque Londres quería aparentar una actitud benevolente respecto de las pretensiones de España, cuando desde finales de 1941 se hizo cada vez más improbable la entrada de España en la guerra, los ingleses perdieron el interés en proseguir esas conversaciones. Se había hablado incluso de una posible devolución del Peñón de Gibraltar en los meses críticos que siguieron al desmoronamiento de Francia.¹⁶ Aun así, tal concesión carecía de toda lógica, pues en el caso de una victoria aliada hubiera sido impensable, y en el caso de una derrota hubiera sido Alemania y no Inglaterra quien hubiera decidido sobre el destino del Peñón.¹⁷

Otro de los procedimientos empleados por Hoare para mantener la neutralidad de España fue el soborno de militares mediante el empleo de considerables sumas de dinero.¹⁸ En el Ejército existía malestar con motivo de la influencia que ejercía la Falange sobre la política exterior. Ese desacuerdo no significaba al mismo tiempo y necesariamente que existiera una aversión contra el Tercer Reich, sino que se debía a la preocupación por la influencia cada vez mayor del partido unificado que cuestionaba la posición de los generales como principales garantes de la seguridad del Estado. Esta circunstancia no pasó inadvertida para la diplomacia británica, y por eso la embajada no sólo procuró entrar en contacto con generales que se oponían a este dominio de Falange, sino que además estrechó los lazos con éstos, sustentándolos eficazmente a base de considerables sumas de dinero. Por este medio buscaba Hoare crear un fuerte grupo de presión, un *lobby*, entre militares influyentes que se opusieran a la entrada de España en la guerra. Este plan fue aprobado no sólo por Churchill, sino también por dirigentes de los servicios secretos británicos. En la lista de perceptores de dinero con dicho fin figuraban los nombres de unos treinta generales españoles, entre ellos Antonio Aranda y Luis Orgaz, más tarde alto comisario del Protectorado de Marruecos. Las sumas de dinero en juego eran considerables. Hacia finales de 1940 había depositado en un banco suizo de Nueva York un total de dos millones de dólares, importe que fue aumentando progresivamente hasta alcanzar en julio de 1942 la suma de trece millones de dólares.¹⁹ En comparación con esto,

resulta un tanto ridícula e ingenua la propuesta del embajador norteamericano Carlton Hayes de financiar la restauración de algunos cuadros del Museo del Prado con el fin de congraciarse de esta manera con el gobierno español.²⁰

Junto con ciertas hipotéticas concesiones en cuestiones territoriales y con el soborno de generales, Londres ensayó sobre todo la posibilidad de mantener a España al margen del conflicto mediante un plan económico sumamente atractivo, si bien en dicha ciudad fueron creciendo las dudas acerca de la determinación real de estos generales de entrar en acción en contra del dictador. Sobre todo aumentarían los recelos respecto de Aranda, como personaje que se presentaba como el más diligente de entre los conspiradores.

El Tercer Reich y sus asociados, aunque eran los principales abastecedores comerciales de España, no estaban en situación de suministrarle determinadas mercancías y materias primas, en particular carburantes, caucho y algodón, así como tampoco las cantidades de trigo que el país necesitaba para el mantenimiento de su economía y para el abastecimiento de la población.²¹ Debido a las malas cosechas, a la falta de fertilizantes y a problemas de distribución, España padecía una escasez extrema de productos alimenticios. Así, en los primeros años de la guerra mundial, la agricultura española había producido solamente la mitad de trigo en comparación con los años anteriores al comienzo de la guerra civil; y sin el suministro de carburantes y caucho de ultramar, el sistema de transportes habría quedado paralizado en España en un breve plazo de tiempo.

El abastecimiento de esos productos procedía exclusivamente del ámbito controlado por el Reino Unido y Estados Unidos. Hoare se aprovecharía de esta situación al dejar claro que el punto débil de la política germana hacia España lo constituía la incapacidad de suministrar estos productos de primerísima necesidad, mientras que Gran Bretaña, aun en la angustiosa situación en que se encontraba, se podía permitir el lujo de hacer llegar estas mercancías. Ante esta debilidad de Alemania, la entrada en la guerra al lado del Eje no hubiera hecho sino peligrar la ya de por sí precaria situación económica del país. Además, según Hoare, en la medida en que la situación económica de España se mantuviera estable y sin mayores problemas, no sería posible que Hitler invadiera el país sin provocar en los españoles el sentimiento de ser víctimas de una agresión. En el caso del cese de los suministros, Franco o círculos simpatizantes con el nazismo darían sin embargo la bienvenida a los alemanes considerándolos los salvadores de la patria. En relación con la situación descrita hay que situar las palabras amables pronunciadas por Churchill en octubre de

1940 a propósito de España: «No hay región en Europa más necesitada de paz y de medios de vida y un comercio próspero que España, país que ha sufrido los horrores y la devastación de una guerra civil, de cuyas ruinas debe resurgir ahora para encaminar su vida nacional con dignidad, agradecimiento y honor».²² La única condición que ponía Londres era que esa ayuda económica no fuera a parar a los países del Eje.

La provisión de materias primas de valor estratégico con destino a España, pues se trataba de materias que en el Reino Unido estaban sujetas a un estricto control y reglamentación, sólo era explicable por el hecho de que la neutralidad del país ibérico revestía la extraordinaria importancia militar que hemos descrito. Y así, en lo sucesivo, la ayuda económica vino a constituir el soporte principal de la política británica con respecto a España, y también de la de Estados Unidos después de su entrada en la guerra a finales de 1941.²³ De todos modos, este suministro de carburantes y caucho a España no tenía especiales repercusiones para la economía británica, pues sus necesidades energéticas, sobre todo en lo que se refiere al transporte de mercancías por mar y por tierra, así como su propia capacidad de transporte, eran muy reducidas, y el volumen de las materias suministradas era mantenido a un nivel aún más reducido. Lo que se pretendía, pues, era sustentar por ese medio el desenvolvimiento de la economía española a un nivel mínimo, pero sin pasar de ahí; mayores ayudas, por lo demás, hubieran provocado con toda probabilidad protestas en el propio país, y en España se hubiera caído fácilmente en la tentación de reexportar a los países del Eje parte de las mercancías recibidas. De esta manera se puso en marcha el programa británico de ayuda económica a España. El grueso de los suministros procedía de ultramar.

Por otra parte, el Reino Unido también sacaba provecho del comercio con España, pues obtenía materias primas de relevancia para la propia industria de guerra. La gran ventaja que España ofrecía al respecto eran las distancias cortas para el transporte, lo que permitía aprovechar de forma económica el tonelaje naviero.

Un tercer aspecto de la política comercial hacia España lo constituía el programa de compras preventivas. En este caso no se trataba de productos y materias primas necesitadas por el Reino Unido, sino de mercancías que eran de relevancia para la industria bélica del Tercer Reich, pero que escaseaban en la zona controlada por el Eje. Así, por ejemplo, ante la panorámica que presentaba el primer invierno para los ejércitos de la Wehrmacht en el frente del Este, los alemanes comenzaron a adquirir pieles y lana en grandes cantidades, a lo que reaccionaron los ingleses comprando

igualmente la mayor cantidad posible de estos productos. Lo mismo ocurriría con minerales como el wolframio, el plomo y el zinc. El mero propósito de estas compras era privárselas al Eje.

Esta práctica sin embargo condujo a que, dado que el gobierno español no regulaba el comercio de estos productos, vendiéndose de esta forma al mejor postor, se entablara una guerra de precios, que comenzarían a multiplicarse. De esto se favorecieron los productores y negociantes españoles así como las arcas del Estado, sobre la base de las tasas de exportación, mientras que el Reino Unido se vería forzado a invertir enormes cantidades de dinero para imponerse a la competencia del Eje.

Los difíciles esfuerzos y las maniobras de Hoare en un entorno claramente hostil fueron considerados como extraordinariamente eficaces. Según se pensaba en Londres, la política de apaciguamiento había comenzado a dar fruto, pues de entrada había conseguido evitar una entrada precipitada de España en el conflicto. El éxito así alcanzado, junto con la circunstancia de que Hoare era un político con gran experiencia profesional, determinaron que éste siguiera teniendo en lo sucesivo las riendas de la política del Reino Unido con respecto a España. Hoare era quien proponía y al fin y al cabo imponía el modo y manera de tratar a Franco, así como los procedimientos diplomáticos y estratégicos que había que poner en juego con este fin. Nadie en el Foreign Office se atrevía a poner en cuestión la autoridad de Hoare.

¿PALO O ZANAHORIA?

En otoño de 1941 se hicieron oír en Washington las voces de quienes exigían una actitud más restrictiva en las exportaciones a España de materias primas de valor estratégico, y sobre todo de carburantes. El gobierno norteamericano reaccionaba de esta forma con energía contra los vientos adversos que le llegaban procedentes del gobierno español. Serrano Suñer no cesaba de provocar al gobierno estadounidense, y el embajador Alexander Weddell era tratado con menosprecio. El discurso de Franco el 17 de julio de 1941, en el que no se ahorraron ataques contra Estados Unidos, vino a colmar el vaso. Washington llegó a la conclusión de que, dada la actitud claramente hostil del gobierno español contra Estados Unidos, estaba justificada una reducción de las exportaciones de derivados del petróleo a España. Además, Washington estaba en situación de poder ordenar tales restricciones sin tener que temer para sí perjuicios políticos o económicos, pues el comercio bilateral carecía de relevancia.

En una conversación mantenida con el embajador español, el secretario de Estado Cordell Hull se expresó sin rodeos reprochando al embajador la falta de formas y aun de la más elemental cortesía, que parecía más propia «de los gobiernos más retrógrados e ignorantes del mundo».²⁴ Por esta causa y ante comportamientos tan inadmisibles, el gobierno de Estados Unidos no veía razón para seguir ofreciendo su ayuda a España, y eso sobre todo después de entrar, a finales de 1941, en la guerra contra Japón y las potencias del Eje.

La situación llegó a agravarse cuando corrieron rumores de que el gobierno español pasaba a Alemania parte de los carburantes recibidos de Estados Unidos. Por más que la veracidad de tales rumores no pareció estar demasiado fundada, y aunque el embajador americano subrayó las ventajas del mantenimiento de las ayudas, el gobierno norteamericano pasó, no obstante, a la acción: puesto que los carburantes suministrados a España procedían de refinerías situadas en el Caribe, que se encontraban bajo el control de Washington, la administración estadounidense se sintió autorizada para suspender el suministro de petróleo a España en atención a las críticas de la opinión pública y sin previa consulta con Londres.²⁵ Para Washington estaba claro que su propio petróleo sólo debía ir a parar a donde los americanos tuvieran por acertado. Y no había duda de que con Franco había que proceder con menos miramiento del que habían tenido los británicos hasta entonces.²⁶ De igual modo, también otras materias primas como el algodón o el caucho sólo debían ser ofrecidas en el caso de que no fueran necesarias en Estados Unidos. Así comenzó un conflicto que no afectaría solamente a las relaciones hispano-norteamericanas sino sobre todo las anglo-estadounidenses, y que dominaría de ahora en adelante buena parte de la política de ambos países respecto de España.

Sin dar a conocer oficialmente que se trataba de un embargo, comenzaron a producirse retrasos en la carga de petroleros españoles, y los suministros regulares sólo podrían ser reanudados una vez que el gobierno español hubiese cumplido una serie de condiciones con las que se pretendía controlar eficazmente el destino de los carburantes en territorio español.²⁷ Así se exigió que España autorizara un control permanente y sin subterfugios de sus reservas de carburantes; que las empresas españolas de carburantes llevaran un registro mensual detallado del consumo total, de las existencias en depósito, de la procedencia del combustible, de las vías de transporte, así como datos precisos por secciones y zonas sobre el consumo en curso, notificándose todo ello a la embajada americana; que todos los movimientos de los petroleros deberían ser comunicados, con datos precisos sobre la denominación de los productos, nombre de los

respectivos barcos, puertos en que harían escala, fechas de carga y descarga, etc. A fin de poder vigilar de forma eficaz todas estas exigencias, el gobierno español habría de permitir el nombramiento de controladores americanos que gozarían de derechos especiales. La coordinación de las tareas de control se encomendaría a un agregado especial para asuntos petrolíferos estadounidense, de rango diplomático, asistido por un equipo de colaboradores.²⁸

Hasta entonces los americanos no habían desarrollado ningún programa comercial definido con España, y la entrega de combustibles había tenido lugar sin acuerdo alguno sobre contraprestaciones. Desde una perspectiva estadounidense, esto tampoco podía seguir así. Washington pasó a considerar el petróleo y otras mercancías como bienes comerciales con los cuales debía obtenerse un trato recíproco. Estados Unidos llegó a pensar incluso en dictar los precios de las mercancías españolas, precios que en ningún caso deberían ser superiores a los existentes en su propio país. La reanudación de las exportaciones de carburantes no debería tener lugar en tanto no se hubieran aclarado los puntos discutidos, y aun así se mantendrían a un nivel más bajo que hasta entonces. Debido a las necesidades de la guerra y a las limitaciones que tenía que soportar la propia población, la exportación de materias primas de tan alto valor estratégico ya no debería realizarse sólo por razones de su posible efecto político, y menos sin cortapisas tratándose de un país como la España de Franco. En Washington prevalecía el convencimiento de que los españoles habían recibido demasiado petróleo, y por eso en lo sucesivo la exportación debía reducirse a un mínimo. Además existía el convencimiento (apreciación no compartida por los observadores en Madrid) de que los militares españoles tenían almacenadas grandes reservas de carburantes, las cuales debían quedar eliminadas antes de la reanudación de un comercio reglamentado.²⁹

El trasfondo de esta actitud tan rígida era que en la opinión pública estadounidense se mantenía muy vivo el recuerdo de la Guerra Civil española, guardándose las simpatías para el bando republicano. Por eso el Departamento de Estado ponía gran empeño en no dar la impresión de prestar ayuda económica y de favorecer a la España de Franco. El titular de Exteriores, Cordell Hull, se esforzaba por evitar que fuera considerado como un apaciguador del dictador.³⁰ En general, la política americana hacia España estaba fuertemente condicionada por la opinión pública.³¹ Las entusiastas declaraciones en la prensa española sobre los éxitos iniciales conseguidos por Japón en el Pacífico sirvieron por lo demás para avivar los sentimientos antiespañoles en Estados Unidos.³²

La actitud de los americanos respecto de España causó estupor a los representantes del Reino Unido, y más aún al ir en contra de las recomendaciones de su propio representante diplomático en Madrid. La diplomacia británica, y sobre todo Hoare, temían ahora que la atmósfera de confianza tan laboriosamente creada en relación con el gobierno español pudiera verse esfumada con comportamientos tan drásticos y rudos. Para él, la gentileza de suministrar a España una materia prima tan necesitada como el petróleo, era señal de fortaleza política, que no podía por menos de causar impresión en el gobierno español. Recurriendo a los estereotipos, Hoare criticó duramente la actitud de la diplomacia norteamericana respecto del país ibérico: «España, les guste o no y aunque se encuentre en una posición de debilidad, tiene que ser tratada, en vista de su imponente historia, con una mano más comedida que las repúblicas de pacotilla de Centro y Sudamérica».³³

Hoare pensaba asimismo que en los departamentos competentes de Washington no se tenía constancia de forma adecuada de la tremenda relevancia estratégica del estrecho de Gibraltar y de las zonas circundantes del Atlántico, importancia que todavía había cobrado más valor a raíz de la entrada de Estados Unidos en la guerra. En Londres se era de la misma opinión que el embajador en Madrid, si bien algunos representantes del Foreign Office, e incluso el mismo Eden, no estaban del todo seguros de que su propia actitud fuera de hecho acertada. El ministro de Asuntos Exteriores británico era en el fondo de la opinión, y lo seguiría siendo —en contra de la posición oficial—, de que el comportamiento intransigente de Washington con la España de Franco era propiamente el acertado.³⁴

También Weddell estaba horrorizado del proceder de sus propios superiores y se extrañaba de que la carga emocional que acompañaba al recuerdo de la Guerra Civil española pudiera influenciar de tal manera decisiones políticas del Departamento de Estado. Aun disponiendo de informaciones más fiables, se claudicaba ante el veredicto de la prensa. Para Weddell, el Departamento de Estado parecía haber perdido la capacidad de obrar serenamente sobre el entramado de los acontecimientos políticos: parecía como si una «guerra» contra Franco tuviera prioridad sobre la costosa tarea de derrotar al nazismo.³⁵ Pero Weddell no consiguió que se diera oídos a su opinión de que aquél era un mal momento para echar por la borda las medidas adoptadas, y no pudo conseguir que por lo menos se cargaran de carburante los dos petroleros que llevaban ya más de dos meses amarrados en Port Arthur para aliviar con ello la grave situación en que se hallaba el abastecimiento en España. Tampoco se escuchó

su deseo de que las conversaciones al respecto se trasladaran de Washington a Madrid, cosa que hubiera contribuido a agilizar los trámites.³⁶

También por parte del Foreign Office se instaba a Estados Unidos a reanudar lo antes posible las exportaciones de carburantes, ya que ello evitaría un mayor deterioro de la economía española y paralelamente de las relaciones anglo-americanas con España.³⁷ Y Londres tampoco quería peligrar su propio comercio con España, que resultaba altamente provechoso. Así, por ejemplo, el Reino Unido se estaba abasteciendo de mineral de hierro de alta calidad, importaciones que no era posible suplir a corto plazo. España era también el único abastecedor de mercurio y el principal de pirita. Además, Londres importaba de España cantidades importantes de potasa, y por supuesto de cítricos, aceite de oliva, cebollas y otros productos agrícolas. El Reino Unido difícilmente podía permitirse en aquel momento el lujo de prescindir de sus relaciones comerciales con España, y existía la preocupación de que esto pudiera suceder en caso de agravarse la situación.

A los británicos les disgustaba sobre todo el que Washington pretendiera llevar la iniciativa en las cuestiones relativas a los suministros de carburantes, pues con ello corrían el riesgo de perder la baza más importante en el trato con España. Sin embargo, Halifax, que ocupaba ahora el cargo de embajador en Estados Unidos, no tuvo nada que hacer en Washington ante el curso de los acontecimientos; sus interlocutores del Departamento de Estado —aun en el caso de que simpatizaran con los puntos de vista de Londres— se remitieron a aquel Departamento de la administración americana que, desde la entrada en la guerra, llevaba la voz cantante en esta cuestión: el Board of Economic Warfare. El único medio de superar dicha barrera era elevar la cuestión al más alto nivel político. Y en efecto, con ocasión de la conferencia de guerra celebrada en Washington a principios de enero de 1942, Churchill abordó el tema en sus conversaciones con Roosevelt, resaltando la relevancia estratégica de Gibraltar y refiriéndose a la cuestión mostrando una altivez indisimulada con respecto a España: «Estaríamos altamente agradecidos si se les pudieran conceder unas pocas zanahorias a los Don para de esta forma evitar problemas en Gibraltar. Cada día que podamos seguir disponiendo del puerto nos reporta beneficios».³⁸ No obstante, aun así no tuvo lugar ninguna reacción positiva.

Entre tanto Washington se había puesto directamente en contacto con el gobierno de Madrid, y esperaba los resultados de las conversaciones. Hoare, por su parte, se mostraba convencido de que el gobierno español no aceptaría el pretencioso catálogo de condiciones presentado por

los americanos, e hizo a la vez la observación de que ni siquiera los alemanes se habían atrevido a presentar a España exigencias tan tajantes.³⁹ Sin embargo, Madrid sí se mostró dispuesto a hacer concesiones y accedió a acatar, en lo esencial, las condiciones de Washington.⁴⁰ Evidentemente, el gobierno era consciente de lo que estaba en juego al depender del suministro de ultramar. Madrid se declaró incluso dispuesto a aceptar los controles en la distribución de carburantes dentro del país, de acuerdo con las exigencias americanas, y de esta forma se salvó el principal obstáculo. Y no deja de ser un detalle sintomático que Hoare, que se consideraba a sí mismo como el anfitrión de las relaciones hispano-aliadas, en vez de congratular a los americanos por el éxito obtenido, no tuvo reparo alguno en atribuirlo a sus propios esfuerzos y a la forma cautelosa con que se había tratado el asunto por parte de los miembros de su embajada. Según Hoare, los españoles confiaban en la embajada inglesa.⁴¹

Pero ni siquiera las concesiones hechas por el gobierno español bastaron para resolver la situación. El gobierno americano siguió presionando para arrancarles a los españoles aún mayores concesiones. Washington pretendía concluir un tratado comercial ventajoso a largo plazo en que se estipularan todas las cuestiones, y sobre todo la de las cantidades de carburantes que hubieran de ser suministradas. Hasta entonces no se reanudarían los envíos de carburante.⁴² Entre tanto comenzaban a hacerse sentir los efectos del embargo: la circulación de vehículos a motor privados quedó prohibida dos días por semana, y la flota pesquera comenzó a limitar sus actividades. En las negociaciones apenas se daban avances, pues Washington parecía no tener prisa. Y de nada sirvieron las quejas y lamentaciones del embajador americano Weddell. Sólo habría otra vez petróleo cuando se hubiera concluido el acuerdo comercial.⁴³

Ante el curso de los acontecimientos, aumentaba rápidamente la preocupación en la administración británica por los graves daños que podrían derivarse para los intereses del Reino Unido. Así se llegó incluso a pensar en desviar a España un petrolero británico, si bien esta idea fue rechazada para no abrir una brecha en la política anglo-americana con respecto a España, política que se desarrollaba de común acuerdo. A esto se añadía el que precisamente en aquellas semanas habían comenzado los preparativos para el desembarco aliado en el norte de África, circunstancia que obligaba a crear en España un ambiente lo más amistoso posible para de esta forma evitar contratiempos por parte española. Con este argumento, Hoare solicitó de Churchill una nueva intervención ante Roosevelt. Según el embajador, la cuestión en disputa no guardaba proporción alguna con lo que estaba en juego.⁴⁴ Finalmente no llegó a ser

necesario enviar un telegrama a Roosevelt, pues Washington había autorizado por fin cargar petróleo en los buques españoles que llevaban dos meses en espera.⁴⁵

La cuota de abastecimiento autorizada había quedado notablemente disminuida, alcanzando sólo la mitad del consumo medio de los años 1929 a 1935.⁴⁶ Según opinión de Londres, esto no era más que lo mínimo necesario para subsistir, sobre todo porque, debido a los destrozos de la guerra civil en la red ferroviaria, la economía española dependía en mayor medida que antes del transporte de buques costeros o de camiones por carretera. A estas dificultades se añadía la negativa de Washington a enviar crudo por no poder controlar a su gusto la refinería de Tenerife. Aun con todo, Londres estaba contento ante la reanudación del abastecimiento de carburante y de que con ello se hubiera puesto fin a la crisis. No obstante, la oposición al programa económico en distintos sectores de la administración norteamericana, y también la desconfianza con respecto a España seguían persistiendo.⁴⁷ Los más leves indicios de comportamiento insidioso por parte del gobierno español hubieran bastado para volver a movilizar a los enemigos de Franco.

Ya en abril de 1942 se volvió a paralizar el suministro de petróleo. El motivo de esta nueva crisis fue que se habían descubierto dos depósitos de carburante no declarados. Y lo que vino a agravar el caso fue que las 3.600 toneladas de combustible halladas podían ser transformadas en gasolina para aviones. Washington, en consecuencia, volvió a poner otra vez en cuestión la concesión de licencias de exportación; y de nuevo volvieron a correr rumores de que cargueros españoles abastecían de combustible a submarinos alemanes, y de que el Ejército español disponía de ingentes reservas de petróleo.⁴⁸ La campaña contra Franco en Washington no se hizo esperar, aunque esta vez no fue tan virulenta como la de finales del año anterior. Para un alto cargo diplomático londinense no cabía duda de que un buen número de funcionarios norteamericanos estaban decididos a hacer todo lo posible para sabotear el programa de abastecimiento acordado.⁴⁹

Con la entrada en la guerra de Estados Unidos, Londres había ganado un aliado invaluable, pero que al mismo tiempo también perseguía sus propios objetivos. Y más de una vez en el futuro, Londres y Washington se pelearían por la común línea a seguir respecto de la política con España. En este punto, las discrepancias iban a ser casi el pan de cada día. Pensar que las medidas de apaciguamiento comercial serían un medio de asegurarse la neutralidad de España, era un argumento que no convencía en Washington; y para el Departamento de Estado era una cuestión bizantina

especular sobre si el petróleo era precisamente lo que había llevado a Franco a mantener hasta el momento la neutralidad. Aquí resultaba dudoso a todas luces que la política británica del «pan con azúcar» aplicada a España fuera la política correcta; por el contrario, no se creía en la necesidad de mimar demasiado a Franco, pues, tal como se iba desarrollando el curso de la guerra, lo que le interesaba de igual modo era precisamente el mantenimiento de esta neutralidad. Según el convencimiento en Washington, también los alemanes estaban interesados en que mantuviera esa neutralidad. Alemania recibía de España gran cantidad de materias primas y demás facilidades, y esas aportaciones hubieran peligrado en el momento en que España se viera involucrada en las acciones bélicas.⁵⁰ Por tanto, no existía motivo alguno para mantener una política respetuosa con Franco.

LOS SUMINISTROS Y LA GUERRA

El establecimiento de relaciones económicas más estrechas por parte de Estados Unidos con España, y sobre todo la puesta en práctica del programa económico anglo-estadounidense para este país, planteaba una serie de problemas desde el punto de vista de su ejecución. La situación de que se partía era muy precaria, comenzando ya por el hecho de que la embajada americana sólo contaba con un mínimo de personal del que se mofarían los diplomáticos británicos al constatar que estaba formado únicamente por «un embajador, si bien encantador, pero que preferiría no tener que ocuparse de temas económicos; de un consejero de embajada con muchas ganas de aprender, pero que no ha vivido con anterioridad en Europa y que guarda la tendencia de tratar los asuntos tal y como lo hizo en Cuba; de un agregado comercial que dispone de un colaborador, así como de los agregados militares».⁵¹ Esta situación cambiaría ante la mayor atención que el Departamento de Estado dedicaría a España a partir de ese momento.

Una de las primeras medidas fue el cambio de embajador; Weddell, que mantenía pésimas relaciones con el ministro español de Asuntos Exteriores, fue sustituido por Carlton Hayes, hombre conservador y ferviente católico, pero que no era diplomático de carrera sino profesor de historia en la neoyorquina Universidad de Columbia.⁵² Con su llegada en mayo de 1942, se acometió una ampliación de la representación diplomática de Estados Unidos en España, así como una reestructuración a fondo de las actividades de la embajada y de los consulados que asegurara una mayor eficacia.

El tema de capital importancia en lo que respecta a la actuación de británicos y norteamericanos en España fue el programa de compras preventivas.⁵³ La guerra económica entró así en una fase nueva. Ante la falta de personal propio, los norteamericanos propusieron de momento su incorporación, con una pequeña dotación de personal, a la ya existente organización británica, que disponía de una amplia red de actividades para la adquisición continuada de materias primas y de otras mercancías; pero pronto quedó claro que la tarea exigía una aplicación más a fondo para poder coordinar de forma eficaz las actividades entre las representaciones británica y americana.⁵⁴

El cumplimiento del programa de compras exigía el empleo de un fuerte contingente de personal. A este fin, los británicos aumentaron de entrada la plantilla llegando a sumar unos 50 funcionarios.⁵⁵ Siguiendo el modelo británico, también Washington fue creando una organización de análogas características.⁵⁶ Así, y pese a todas las dificultades iniciales, el programa británico de ayuda económica a España pasó a ser un proyecto común anglo-estadounidense. Además, también se planteó la necesidad de organizar y supervisar desde Washington la ejecución del programa de intercambios con España, creándose un gremio interdepartamental compuesto por colaboradores de los departamentos de Finanzas, Economía y Política Exterior.

El firme propósito era conseguir la creación de una organización eficiente, toda vez que la rivalidad entre el Eje y los Aliados en su pugna por las materias primas era cada vez más fuerte, y por ello imponía esfuerzos cada vez mayores. Y puesto que el programa de compras preventivas estaba subordinado a objetivos políticos y estratégicos, se esperaban costes muy elevados. Londres no hubiera podido por sí solo llevar a la práctica un programa general de compras preventivas, pues no estaba en condiciones de realizar adquisiciones de magnitud semejante.

El programa de compras adquirió unas dimensiones impresionantes, pues abarcaba el propósito de hacerse con toda la producción española de cinc, plomo, corcho, una buena parte de las extracciones de mineral de hierro y potasa, y además grandes cantidades de naranjas. Esto eran materias primas y productos agrícolas considerados como urgentemente necesarios para la propia economía de guerra británica. Las compras preventivas debían ampliarse además al wolframio, pieles, aceite de oliva y lana en la mayor cantidad posible.⁵⁷

Las tareas que era preciso realizar eran sumamente laboriosas, pues las compras debían ser negociadas hasta los más mínimos detalles; a veces se trataba de compras clandestinas en que intervenían intermediarios

distribuidos a lo largo y ancho del país, y ello exigía un extremado control en cuanto a la organización, coordinación y financiación de las operaciones. Tratándose de un país como España, además era preciso tener en cuenta que la mejor manera de hacer avances era mediante el trato personal y particular, y no observando las formalidades de los procedimientos administrativos, que por lo demás acarreaban una enorme pérdida de tiempo.

La puesta en práctica del programa debía funcionar con la mayor flexibilidad posible, de modo que permitiera reaccionar a tiempo a las mutaciones de la situación del mercado, como por ejemplo si se descubría una mayor o menor actividad compradora por parte de los alemanes en un sector determinado. Así, cuando en cierta ocasión pareció que los alemanes habían perdido el interés por el plomo, también por parte aliada decreció de momento la demanda de esa materia prima.⁵⁸

España, por su parte, no pudo adquirir todos los productos en los que estaba interesada. Determinadas mercancías, como por ejemplo piezas de recambio para vehículos a motor, que con anterioridad se habían exportado a España en grandes cantidades, de ahora en adelante únicamente se podrían suministrar en un volumen mínimo correspondiente a un valor de 50.000 dólares por año. Asimismo las ventas de algodón se redujeron sensiblemente pese a la falta de tejidos y prendas de vestir existente en España, pues parecía que parte de esa producción había sido re-exportada a Alemania.⁵⁹ Aun con todo, un control eficaz del ulterior destino de las mercancías suministradas a España no era posible; el estraperlo y la corrupción encontraban siempre algún resquicio en los sistemas de control. Cuando, por ejemplo, el consejero de la embajada británico Arthur Yencken, viajando una vez por el norte de España, pasó por Torrelavega, tuvo ocasión de comprobar que la filial española de Continental Gummi-fabrik allí existente estaba en funcionamiento, y que en ésta los alemanes fabricaban neumáticos con caucho procedente de Estados Unidos, destinados, según la versión oficial, a las fuerzas armadas españolas.⁶⁰

No extrañe, pues, que las cuestiones comerciales resultaron con frecuencia altamente enredosas, y que complejas cuestiones de detalle que aparentemente no revestían importancia generaran impedimentos de consideración. El sistema de transacciones interestatal también tuvo que buscar muchas veces soluciones ingeniosas. Así, por ejemplo, la demanda española de importar estaño hubo de ser satisfecha mediante suministros procedentes de Portugal, siendo a su vez compensado su importe con existencias de lana exportadas al estado luso.⁶¹ También se recurrió a países como Brasil y Argentina para que aportaran, según los casos, azú-

car, trigo o carne para aliviar los compromisos de Estados Unidos o del Reino Unido.

El comercio con España se desarrolló de esta forma bajo el principio de la reciprocidad: cuando una de las partes suministraba una determinada mercancía, la otra parte concedía a su vez las correspondientes licencias de exportación para una contrapartida. Así, por ejemplo, Londres aportó en un caso determinadas cantidades de sulfato de cobre, azúcar y algodón, mientras que España ofreció a cambio mercurio y pulpa de albaricoque (que, a causa de la falta de existencias en España, tuvo que ser envasada en latas enviadas a este propósito por los ingleses).⁶²

El wolframio y la lana eran las mercancías que los ingleses tenían más interés en adquirir en el marco de sus compras preventivas. Para los españoles, a su vez, desempeñaban el papel central los suministros de carburantes y caucho. Por eso no es de extrañar que entre esos grupos de mercancías se diera una especie de correlación: así, cuando el caucho se puso en el orden del día, el ministro español de Comercio no tuvo reparos en ofrecer como contrapartida toda la producción de wolframio del año en curso. Sobre esta base, Londres aprobó la exportación a España de una partida de 2.000 toneladas de caucho. Y al negarse Washington a continuación a ratificar la decisión, el ministro español de Comercio reaccionó suspendiendo a su vez la exportación del wolframio. Finalmente, después de muchas idas y venidas, se pudo reanudar el comercio concediéndose autorizaciones para exportar tanto el caucho como el wolframio.⁶³

La pujanza tanto del Eje como de los Aliados por hacerse con las codiciadas materias primas redundó en una fuerte escalada de precios. Precisamente el del wolframio se disparó fulminantemente reportando al mismo tiempo importantes ingresos para las arcas del Estado: de las 180 pesetas que se pagaban a finales de abril de 1942 por cada tonelada de este mineral, 100 le correspondían al Estado por gravámenes y tasas.⁶⁴ Británicos y norteamericanos, sin embargo, reaccionaron a su vez subiendo los precios de aquellas materias primas que los españoles no recibían desde las potencias del Eje. Así se encareció el algodón en un 50 por 100, el precio del caucho se duplicó y el del carburante incluso se triplicó. En parte, los Aliados estuvieron forzados a tomar esta medida, pues el incremento de los gastos había conducido en noviembre de 1942 a la suspensión de las compras por falta de liquidez.⁶⁵ El único consuelo lo proporcionaba la circunstancia de que los alemanes padecían los mismos problemas en su programa de adquisiciones.

Dado que la posición británica en estos asuntos era más liberal que la de los americanos, inevitablemente se repitieron las divergencias entre

ambas partes respecto de la exportación de materias primas de valor estratégico. En el verano de 1942 tuvo lugar, en efecto, una nueva crisis en torno al petróleo, volviendo a ocurrir dilaciones al otro lado del Atlántico en la carga de petroleros españoles que condujeron —según palabras del consejero de Economía británico en Madrid— a que las reservas de carburante existentes en España cayeran a su más ínfimo nivel.⁶⁶ A consecuencia de ello, el tráfico rodado quedó prácticamente paralizado.

En este caso no fue fácil dar con el origen del contratiempo, que podía haber estado originado por una decisión del nuevo director de la sección de carburantes en el Departamento de Guerra Económica, que actuaba con gran autonomía respecto del Departamento de Estado. Otro factor crítico lo representaba la marina de guerra, que no veía con buenos ojos la presencia de navieros de los países neutrales en aguas del Caribe.⁶⁷ En esta situación, nada pudo hacer el embajador Hayes, e incluso el Departamento de Estado tenía poco margen para maniobrar.

En la actitud de Washington seguían pesando antes que nada los reparos políticos. De esta forma, la administración americana mostraba por una parte una gran tenacidad en obtener las materias primas que eran importantes para su propia economía, pero por la otra era sumamente reservada cuando se trataba de exportar mercancías a España. Para Hoare, siempre tan preocupado por limar asperezas en las relaciones con España, los americanos no pensaban sino en su propio negocio, y no en hacer esfuerzos por alcanzar los objetivos estratégicos conjuntos de los Aliados en España.⁶⁸

De todos modos, prescindiendo de las dificultades que ofrecía la coordinación del trabajo entre británicos y estadounidenses, y a pesar de las cautelas de estos últimos en el suministro de mercancías a España, la puesta en práctica del programa se desarrolló en conjunto de manera satisfactoria. Los objetivos de adquisición de productos previstos para la segunda mitad de 1942 pudieron alcanzarse e incluso se vieron superados en algunos aspectos: en concreto, con respecto a las compras preventivas de wolframio y pieles, sobrepasaron las previsiones. Los suministros de algodón y combustibles quedaron sin embargo bastante por debajo del volumen acordado, reflejando de esta forma la actitud reservada estadounidense. No obstante, el objetivo prioritario de mantener a España económicamente independiente, y asegurar así la neutralidad, al fin y al cabo no fue cuestionado seriamente por Washington, pues había sido útil. Esta situación cambiaría sin embargo muy pronto.